



CLAUDIA ZAPATA SILVA, *CRISIS DEL MULTICULTURALISMO EN AMÉRICA LATINA. CONFLICTIVIDAD SOCIAL Y RESPUESTAS CRÍTICAS DESDE EL PENSAMIENTO POLÍTICO INDÍGENA*  
San Pedro de Montes de Oca, Editorial de la Universidad de Costa Rica, 2019, 123 pp.

La monografía *Crisis del multiculturalismo en América Latina. Conflictividad social y respuestas críticas desde el pensamiento político indígena* (2019), de Claudia Zapata Silva, ofrece un importante acercamiento a uno de los retos sociales, políticos y legislativos más agudos de la América Latina de hoy: las desigualdades entre las poblaciones indígenas y no indígenas. En el texto se discuten las limitaciones de una supuesta reducción de la desigualdad entre ambas poblaciones (declarada por el Banco Mundial), indicando con datos y argumentos contundentes que las diferencias sustanciales se visibilizan no solo a nivel económico, sino también en términos de discriminación y exclusión social, pese a las legislaciones y políticas antidiscriminatorias vigentes. El eje argumentativo del libro lo constituye la convicción de que el multiculturalismo “se encuentra agotado en América Latina, porque no ha dado respuestas satisfactorias al problema de la calidad de vida de los pueblos indígenas” (pág. 13). Esta tesis se desarrolla a lo largo de los tres capítulos centrales que abordan la crisis del multiculturalismo, las insuficiencias de la narrativa multicultural y las críticas que se hacen desde la perspectiva del pensamiento político indígena.

El capítulo “Dilemas del multiculturalismo en América Latina” introduce al lector en el panorama de políticas y narrativas estatales que se establecieron en América Latina en torno al discurso multiculturalista. Zapata Silva posiciona su planteamiento dentro del marco de las propuestas teóricas sobre la diversidad cultural latinoamericana ya clásicas (la transculturación de Fernando Ortiz reformulada por Ángel Rama o la heterogeneidad de Antonio Cornejo Polar). Se comentan, asimismo, las divergencias en las conceptualizaciones del multiculturalismo entre diferentes países y diversas aportaciones orientadas a definirlo desde la óptica filosófica, social, cultural y antropológica. La autora recurre tanto a las teorizaciones del “hemisferio norte” (por ejemplo, Slavoj Žižek, Edward Said o Terry Eagleton) como a las aportaciones procedentes de las realidades latinoamericanas (Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen y Silvia Rivera Cusicanqui, entre otros). Dentro de este contexto interdisciplinario, la autora incide en el carácter extractivista del capitalismo latinoamericano que se traduce en el fomento de autoritarismos y la resistencia social hacia ellos (indígena, en particular), al igual que la persecución

de esta clase de luchas. Los percibe como factores sociopolíticos primarios de la crisis del multiculturalismo, sosteniendo –con razón– que los patrones de acumulación capitalista juegan un papel más importante que las cuestiones culturales en el proceso de la discriminación de sujetos indígenas.

Es aquí donde se halla una de las aportaciones más significativas de Zapata Silva, ya que indica con precisión el problema fundacional de los discursos multiculturalistas: “el multiculturalismo lleva la impronta neoliberal por haber sido instituido cuando las posibilidades de cuestionar el capitalismo eran reducidas, lo que explica que, a comienzos de los 90 [...] los debates en torno a las políticas de reconocimiento tomaran una dirección culturalista” (pág. 35). A continuación, se les ofrece a los lectores un recorrido histórico sintético de dos casos que ilustran la correlación entre la lógica neoliberal del capitalismo extractivista y la decadencia de los proyectos multiculturalistas en Chile y Bolivia. Es de destacar que la autora no se centra únicamente en las consecuencias sociopolíticas de la economía extractivista que conllevaron, a su vez, regulaciones estatales fallidas (conflictos sociales marcados por violencia y represiones por parte del Estado, criminalización de posiciones autonomistas, etc.), sino que también incide en el impacto medioambiental negativo que se produjo como efecto secundario de las intervenciones neoliberales de los territorios de los indígenas y en las insuficiencias de las políticas de plurinacionalidad que quedaron en letra muerta en cuanto a la autodeterminación de pueblos indígenas. Así, con una solvente base argumentativa e ilustrativa, la autora demuestra la inmensidad del riesgo que acarrea el extractivismo no solo para políticas multiculturalistas, sino también para las mismas estructuras democráticas que se ven sujetas a los propósitos externos (multinacionales) e internos (de determinados estratos sociales y presión gubernamental). El estudio expuesto en esta sección constituye una transgresión original de las típicas perspectivas culturalistas relativas al reconocimiento político de los indígenas, al hacer hincapié en su incompatibilidad con el extractivismo estatal movilizado por las políticas de invasión y desposesión.

El siguiente capítulo contribuye a una polémica interesante con diversas propuestas teóricas sobre la diversidad cultural. La autora se posiciona de manera crítica ante los discursos sobre el multiculturalismo y parte de la premisa de que la imagen de los indígenas no ha sido actualizada, es decir, sus representaciones codificadas por los colonizadores siguen vigentes en su forma tradicional, folclorizada y dicotómica. De manera oportuna y congruente arguye que esta clase de imaginario anacrónico lo comparten las poblaciones indígenas. Este hecho no solo agudiza las tensiones sociales, sino que también impide la subversión eficaz de los binarismos, la cual permitiría la implementación de políticas de diversidad inclusivas, idiosincráticas y perdurables. La autora desmiente las falsas expectativas, típicas de la mirada occidental, según las cuales los indígenas, en sus luchas por igualdad, se sirven de códigos de la Otriedad entendida como distanciamiento hacia el Occidente y la Modernidad. A fin de llegar a dichas conclusiones, la investigadora traza un panorama histórico que parte de las aportaciones de los estudiosos sobre la herencia colonial en América Latina (de Aimé Césaire y Frantz Fanon, entre otros). Asimismo, se opone contundentemente a las teorías que sugieren que los orígenes de la lucha de los pueblos indígenas por su reconocimiento político sea principalmente

su condición cultural subalterna. Así, en línea con las aportaciones de Žižek, recalca que los conflictos actuales no derivan de la diferencia cultural, sino que se relacionan con la lógica del capitalismo explotador global que convierte la Otredad en mercancía.

Con argumentos bien fundados, Zapata Silva cuestiona las políticas educativas en este aspecto y constata que los “proyectos, que aspiran a entregar una formación a partir de los conocimientos indígenas, ofrecen un relato simplificado de éstos [...] cayendo fácilmente en el autoexotismo” (pág. 68). Para reforzar su razonamiento sobre las narraciones estereotipadas sobre los indígenas, comenta la discriminación que sufren en ambientes urbanos y refuta la convicción general de que esta parte de la población sea mayoritariamente rural (en realidad, el 70 % de ella es urbana). Como otra fuente de tópicos, la autora señala el etnoturismo que, pese a su potencial de apropiación por parte de los sujetos indígenas para reescribir los relatos sobre sí mismos, continúa sujeto a los mecanismos autoexotizantes de la industria de turismo capitalista. De este modo, Zapata Silva pone de relieve que el imaginario relativo a los indígenas es sumamente limitado y no tiene en cuenta la heterogeneidad dentro de sus sociedades, la cual deriva de una historia desigual de sus miembros. Es pertinente destacar aquí el gran afán de la autora por dar ejemplos sugestivos que demuestran la vinculación fuerte entre los retos del multiculturalismo y las cuestiones económicas más que las culturales.

En la sección siguiente se ponen de manifiesto las críticas del multiculturalismo liberal que se realizan desde la perspectiva de los intelectuales indígenas (entendidos como “sujetos que articulan interpretaciones globales y discursos críticos”, pág. 84), quienes lo critican desde posiciones marcadas mayoritariamente por las influencias de los pensadores y movimientos sociales izquierdistas (p. ej. Enrique Antileo, Floresmilo Simbaña). Zapata Silva presenta un amplio abanico de reproches que se hacen a los fundamentos mismos en los que las políticas estatales intentan erigir la diversidad cultural. Entre ellos merece destacar la internalización de discursos sociales dominantes por parte de los mismos indígenas, la homogenización de la población indígena en términos socioculturales y la construcción del discurso de la Otredad realizada desde el aparato estatal. Asimismo, se incluyen perspectivas interseccionales que engloban no solo la dimensión racial o étnica, sino también las cuestiones de clase y género. Al hacer hincapié en la especificidad de la situación de, por ejemplo, mujeres racializadas o estratos sociales económicamente desfavorecidos, Zapata Silva consigue transgredir las pautas de las aproximaciones con toques patriarcales y clasistas.

La monografía desarrolla las hipótesis anunciadas en la introducción y lleva a cabo un atento análisis descriptivo de las diferentes propuestas (teóricas, políticas y sociales) ante el problema del multiculturalismo en América Latina. Su valor principal se halla en insistir en la necesidad de repensar las aproximaciones sobre los indígenas fuera de las posiciones culturalmente folklorizadas y social e históricamente cerradas. Cabe subrayar que la autora indica acertadamente la fuerte vinculación entre la crisis actual del multiculturalismo y los factores relacionados con las políticas neoliberales que siguen explotando las representaciones hegemónicas de los indígenas, representaciones orientadas a ejercer control y heredadas de la conflictividad social instaurada en el periodo colonial. Una de las limitaciones del monográfico es que el estudio toma como base

datos procedentes de solo cinco países (y con enfoque particular en Chile y Bolivia). No obstante, una virtud incuestionable del libro consiste en que la base de reflexión no se limita a teorizaciones provenientes de ambientes e investigadores no indígenas, sino que se toman en cuenta las aportaciones de los intelectuales que pertenecen a estos grupos minorizados. Aunque el libro no ofrece perspectivas sobre el multiculturalismo del todo novedosas, es necesario recalcar su valor como estudio ágil, coherente, capaz de demostrar las operaciones e implicaciones de discursos sobre la diversidad cultural y sobre la necesidad de reconocerla y dar la imagen de las raíces de la crisis de las políticas multiculturalistas estatales en América Latina.

*Zofia Marzec*